

zon, que censura el pueblo, y en los que se vive y se muere tranquilamente por un misterio de iniquidad, que no siempre puede echarse á la mejor parte. Otros sueñan que son ricos, y estos fantasmas se realizan, de modo que sin saber como, ni por donde, quedan repentinamente ricos por unas artes, que ellos conocen muy bien, aunque el público las ignore. Esto no es decir que muchos, y aun los más, no posean unos bienes, cuya justa adquisición los pone á cubierto de la misma maledicencia, que no se atreve á disputarles la legitimidad, con que disfrutan su fortuna. Ojalá y como la adquirieron por unos medios honrados, supiesen todos estos desempeñar las obligaciones de Religión y de caridad, que les impone.

Las quejas, que comunmente se oyen, de la escasa fortuna que sigue á muchos, suelen ser injustas, si atribuyen su mala situación á unas causas, que no influyen directamente en ella. ¡Que tiempos excruciantes tan calamitosos! ¡Que diferencia de este siglo á el de nuestros Padres! ¡Ni! La hay sin duda; pero de la conducta ruinosa con que los que hoy viven, se procuran su desgracia á la sabia y reglada de nuestros Padres! Oy el artesano se entrega á la molisne, el paisano de mediana esfera, al fausto, el noble á los gastos mas locos y superfluos. En vista de tal desorden es fácil conjeturar, qual es el origen de las desgracias, de que se quejan muchos, que se las causan á sí mismos con su conducta. Nuestros Padres fueron unos sabios económicos de sus bienes: tenían sobrado de este modo para subvenir á las necesidades de sus semejantes, sin arruinarse. Llevaban á los pies del trazo casillos, que mantenian su gloria, y afirmaban la dicha pública. La patria tubo en ellos unos Padres, y su moderación despues de tan utiles servicios, pudo dejar á su familia un comodo establecimiento. Imitese esta conducta de nuestros mayores, y se renovarán aquellos tiempos felices, que hoy se desean: habrá mas abundancia y menos calamidades, al paso que se modere el lujo, que se extinga el juego y la disolución, y que la industria, y el trabajo acudan la pereza, y desierren la ociosidad.

El sabio no desea tener ni poco ni mucho: el exceso de esta mediocridad es la suerte del común de los hombres, que procuran tener quanto mas pueden, por ponerse á cubierto de los inconvenientes de la pobreza. El desprecio, con que se vé á el miserable, la indiferencia con que se oye sus necesidades y trabajos, los males físicos, compañeros de la mala fortuna, y otros políticos, que la siguen muy de cerca, la hacen un peso, en que gime el pobre, y del qual desea ansiosamente librarse. Pero la insaciabilidad del oro puede equipararse en cierto sentido á la pobreza, por que estar siempre ateso-